

proviniesen de mortales, ora de vestiglos, semidioses y dioses, á condición de que el proyectil de Brahma que habia disparado y no podia volver atrás, tocara al hijo que debia tener la nuera de Arxuna, hija del rey de los viratas. Un piadoso brahman habia predicho un día á la jóven que despues del exterminio de los Kuru tendria un hijo que moriria antes de nacer pero que resucitaria á nueva vida, seria padre de una numerosa descendencia y continuaria la dinastía Pandu. Vyasa reprendió á Asvatarman por su deseo perverso y Crishna prometió entonces que él daría nueva vida al niño muerto, que alcanzaria edad propecta, y dirigiéndose á Asvatarman le maldijo diciéndole que todas las personas prudentes y rectas ya le conocian por malvado y que para colmo de perversidad queria matar hasta á las criaturas en el seno de su madre. «Recibe, le dijo, la recompensa de tu perversidad; tres mil años irás errante por esta tierra sin tener trato con nadie, ni con las personas mas abyectas é infelices; todos huirán de tí porque despedirás hedor de sangre y de podredumbre; serás presa de toda clase de males asquerosos, y en cambio el hijo que tú quieres que perezca, que será llamado Parixita, será hombre sabio y virtuoso, recibirá las armas de Kripa, reinará sesenta años sobre el pueblo Kuru y morirá de viejo.» Vyasa confirmó esta sentencia. Asvatarman entregó la joya de su frente á los Pandu, y á la vista de todos, expulsado de la sociedad de los hombres, se internó en la selva. Los Pandu volvieron con Crishna al campamento acompañados de Vyasa y de Narada, donde Draupadi estaba resuelta á esperar su vuelta. Al llegar allí rodearon todos á la infortunada mujer y con previa aprobacion de Yudishtira le entregó Bhima la preciosísima joya que habia pedido, y contándole lo sucedido la animó á recordar sus deberes de reina é hija de reyes y abandonar su dolor intenso. Ella dijo que estaba satisfecha de la vindicta obtenida y conforme con la sentencia que habia recaído sobre Asvatarman, cuya vida respetaba por atencion á su venerable padre difunto. Cediendo á su deseo, la joya conquistada fué fijada en la frente de Yudishtira, donde resplandeció como brilla la luna sobre las cumbres de las montañas.

Despues explicó Crishna que Asvatarman solo habia podido ejecutar tan gran matanza con el auxilio del gran dios Siva, que cuando quiere dá al mortal vida perdurable y fuerza para vencer no solamente á los héroes mas invencibles, sino tambien al mismo dios Indra. Seguidamente contó una guerra que Rudra, que es tambien Siva, tuvo con los demás dioses á causa de cierto agravio que estos le habian hecho y que los habia dejado tan mal parados, á uno sin brazos, á otro sin dientes y á Bhaga, el dios Fortuna, sin ojos, que sumisos y arrepentidos le pidieron perdon y proteccion, y desde entonces habian concedido á Siva todos los honores. Por lo mismo todas las víctimas que ha hecho Asvatarman eran en realidad del dios Siva; y este dios, concluyó Crishna, es el que debe dirigir en adelante todos tus actos y empresas.

Con esta relacion termina el libro 10 del poema y la descripción amplificada de la gran guerra de los bháratas. Los tres libros siguientes hablan de los lamentos de Dritarashtra y de las reflexiones que le hicieron Vidura y despues Vyasa, cuyo consuelo consistió en la revelacion de que Duryodana, el hijo de Dritarashtra y autor de todos los males, discordias y guerras, habia sido simplemente la encarnacion de una parte de la diosa Kali, ó mejor dicho, Parvati, esposa de Siva, espíritu infernal, de discordia y de sangre, que solo aceptaba sacrificios cruentos. Despues Sanyaya y Vidura inducen al anciano y ciego rey á rendir los honores fúnebres, es decir, á proceder á la cremacion solemne de los cadáveres de tantos héroes. Al ir Dritarashtra con su esposa Gandari, Pritha, la madre de los yadu, y muchas otras mujeres principales,

seguidas de una gran multitud, al campo de batalla, se encontró con Asvatarman, Kripa y Kritavarman, que le refirieron la sorpresa nocturna, la matanza y la muerte de Duryodana; y Asvatarman, habiendo enterado al rey de todo, se dirigió al Ganges, donde le sucedió lo que ya sabemos; Kripa marchó á la ciudad de Hastinapur y Kritavarman regresó á su reino. Cuando los hermanos Pandu y Crishna tuvieron noticia de la aproximacion de la comitiva, salieron á recibirla con Yuyudana, Yuyutsi, Draupadi y demás mujeres pancalas. Despues de algunas explicaciones se abrazaron primero Dritarashtra y Yudishtira; despues Dritarashtra y Bhima; pero Dritarashtra quiso ahogar á Bhima en sus brazos, y lo habria hecho si Crishna, viendo su intencion, no hubiese puesto entre los brazos del rey ciego, en lugar de Bhima, una estatua de bronce. Sin embargo, tanta fué la fuerza que hizo en aquel abrazo, que echó sangre y cayó desmayado. Crishna, con sus buenas palabras, hizo que se reconciliaran los dos. Vyasa por su parte consiguió que la reina Gandari no echara maldicion alguna sobre los Pandu. Despues se acercaron estos á su madre Pritha, que levantó del suelo á Draupadi, la cual á su vista, dominada por su dolor, habia caído á sus piés. Todos despues se dirigieron juntos al campo de batalla. Allí se repitieron los lamentos y se verificó por órden del rey Yudishtira y bajo la direccion de Vidura, Sanyaya y otros sabios, la cremacion de los cadáveres, á la cual siguieron á orillas del Ganges las libaciones de agua sagrada. Allí reveló Pritha á sus hijos que Karna habia sido su hijo primogénito y de consiguiente hermano mayor de ellos.

Los santos y los cantores procedieron despues á la celebracion de los funerales religiosos y desde el Ganges regresaron todos los brahmanes cantando himnos á la ciudad, que entretanto habia sido adornada para recibir á los vencedores y vencidos. Yudishtira fué proclamado rey y distribuyó los cargos y honores, y se celebraron las fiestas correspondientes, con los sacrificios en conmemoracion de los muertos en la guerra.

Con la aprobacion de Dritarashtra, distribuyó Yudishtira entre sus hermanos los palacios y tesoros de los hijos de aquel; despues expresaron todos á Crishna su inmensa gratitud por su poderoso auxilio, y le tributaron ante toda la corte los honores mas grandes que pueden tributarse á mortales, y además los honores divinos.

Yudishtira, despues de haberse encargado del reino y del gobierno, y de haber tomado todas las disposiciones que le parecieron oportunas, visitó á Crishna, á quien encontró dedicado á meditaciones religiosas. Crishna propuso al rey que hiciese una visita á Bhisma, que todavia continuaba entre la vida y la muerte en su lecho de flechas. Este sapientísimo anciano, le dijo, te dará preciosos consejos. El rey se mostró conforme y sin demora hizo enganchar los caballos, suplicando á Crishna que le acompañase. Crishna accedió desde luego, y acompañados de los hermanos del rey se dirigieron al campo de los Kuru, es decir, donde sucumbieron estos y donde el héroe y santo vivia rodeado de brahmanes dedicados como él á la vida contemplativa.

Bhisma, que nunca habia cesado de ensalzar en piadosos himnos y conversaciones á Crishna por haber reconocido en él á Vishnu, recibió á los visitantes cariñosamente, diciendo que ya no sentia dolores ni cansancio, antes bien creía iluminado su espíritu como nunca. Enterado del objeto de la visita, instruyó á Yudishtira sobre los deberes y derechos que le tocaban como rey; despues le dió consejos sobre la conducta que debia seguir en épocas de desgracia, y por último, le enseñó el camino de la bienaventuranza eterna. Estas instrucciones y consideraciones llenan el libro 12, el mas voluminoso del poema.

El estado doloroso del abuelo, como Yudishtira llamaba á Bhisma, causó profundísima pena al rey, el cual dijo que antes de verle así, acribillado de flechas, preferiria haber muerto. Bhisma, para consolarle, le reveló el poder maravilloso de los actos piadosos, especialmente de la liberalidad; despues le contó multitud de ejemplos y reglas de conducta, le habló del cielo, del infierno, de dioses y de santos, de la vida y de la juventud y edad viril, de la muerte y del renacimiento á otra vida ó reencarnacion, de la majestad de Siva, de la eficacia de los donativos, y finalmente, aseguró á Yudishtira que alcanzaria sin pecado la gloria eterna. Todos escucharon respetuosos las palabras del venerable anciano, que atendiendo á la súplica de Vyasa, despidió á todos, recomendando á Yudishtira de nuevo que no descuidara los sacrificios y donativos, y que procurase la felicidad de sus amigos y súbditos, para provechoso ejemplo de todos, mostrándose semejante á un árbol cargado de abundante y sabrosa fruta. Finalmente le dijo que volviera en el próximo solsticio. Yudishtira se despidió, con todos los que con él habian ido, y regresó á la capital, donde gobernó como el anciano le habia recomendado. El día convenido volvió al campo de los Kuru con Crishna, sus hermanos, Satyaki, Dritarashtra, la reina Gandari, Pritha, su madre, y numerosísimo séquito. Allí bajaron todos de sus carros y se colocaron alrededor del lecho donde yacia Bhisma. «Soy Yudishtira,—le dijo el rey,—y te saludo; he venido puntualmente con mis hermanos y demás parientes, con brahmanes y maestros ilustres, y aguardo tus órdenes, si es que me oyes.» Bhisma alzó la vista, les dió la bienvenida y recomendó á Dritarashtra que tratara á los Pandu como si fueran sus propios hijos, y que no llorara mas á los suyos, á quienes su propia codicia, su ira y su envidia habian llevado al precipicio. Despues, volviéndose hácia Crishna, celebró su calidad divina y le suplicó que le permitiera ir á reunirse con sus antepasados. Crishna le contestó que podia hacerlo, pues habiendo vivido en esta tierra como varon piadoso y sin tacha, tenia poder tambien sobre la muerte. Entonces despidióse Bhisma de todos los presentes y sus últimas palabras fueron dirigidas á Yudishtira, recomendándole de nuevo que honrara siempre á los brahmanes, á los sabios, sacerdotes y maestros. Dicho esto se desprendieron las flechas de sus carnes, y los presentes vieron cómo su espíritu, en forma de llama, se desprendió de su cabeza y subió al cielo, de donde cayeron flores y se oyó la música de los espíritus bienaventurados.

Despues de la cremacion del cadáver fueron todos á la orilla del Ganges para purificarse con su agua sagrada y entonces se les apareció Ganga, lamentando la pérdida de su hijo, el bienhechor sabio y valeroso de la familia Kuru. Crishna consoló á la diosa, la cual, tranquilizada, desapareció en las aguas, y despues todos volvieron á la ciudad. Este es el contexto del libro 13 del gran poema el *Mahá-Bhárata*.

### CAPÍTULO III

#### EL PUEBLO ARYO-INDIO Y SUS CONQUISTAS TERRITORIALES EN EL PERÍODO ÉPICO

Antes de tratar de sacar los datos históricos que encierra el gran poema *Mahá-Bhárata*, de cuyos primeros trece libros hemos dado un ligero resúmen, conviene dar aquí un extracto del libro 14.

El anciano y ciego rey Dritarashtra lloraba la pérdida de sus hijos, y Yudishtira, que le consolaba demostrándole que él mismo habia labrado su desgracia con su debilidad y condescendencia, estaba por su parte inconsolable, y de buena

gana habria cambiado el trono por la vida de anacoreta en solitaria selva. Crishna y Vyasa le exhortaron á continuar en su puesto y cumplir con los deberes que le imponia la dignidad real, honrando con actos de virtud la memoria de los que habian sucumbido en la guerra. Vyasa le indicó la eficacia de los sacrificios ofrecidos á los dioses, y le excitó á celebrar el del caballo con gran solemnidad en el día de su consagracion. Piadoso como siempre, Yudishtira tomó disposiciones para preparar lo necesario á fin de que aquella fiesta política y religiosa fuese digna de su reinado, para lo cual quiso que acudieran á ella tantos reyes, príncipes y pueblos vasallos como pudiesen. Entretanto, Crishna y Arxuna partieron para visitar lugares santos y establecimientos de cenobitas en las selvas, en cuyo viaje el primero refirió al segundo sucesos pasados é historias antiguas é instructivas. Despues regresaron á Hastinapur, donde Crishna se despidió para regresar á su país con Satyaki, no sin gran sentimiento por tener que separarse de Arxuna. En el viaje á Dvaraka, la ciudad de su padre, encontró á un sabio brahman llamado Utanka, que quiso echarle una maldicion por haber contribuido al exterminio de los Kuru, pero se rindió á la razon y reconoció la mano divina que todo lo habia dispuesto y guiado así. Al llegar á su casa contó á su padre, el rey Vasudeva, y á otras personas amigas la guerra pasada y sus peripecias; consoló á los suyos de la muerte de Abhimanyu é hizo honrar su memoria con piadosos donativos. Vyasa habia mitigado el dolor de la viuda Uará, anunciándole que tendria un hijo póstumo de su esposo, como sucedió en efecto. El niño nació muerto, por efecto del arma de Brahma disparada por Asvatarman y que éste no pudo ó no quiso hacer volver atrás. Crishna fué llamado, acudió, y solicitado por Pritha, Subhadra y la madre del recién nacido, sacó de su cuerpo el proyectil de Brahma y devolvió la vida al niño, que fué llamado Parixita y estaba destinado á continuar la dinastía Pandu.

Entretanto, los hermanos del rey Yudishtira regresaron de la expedicion á la cual éste les habia enviado á fin de llevar á la ciudad todo lo necesario para los inmensos gastos que habia de causar la fiesta. Yudishtira, á indicacion de Vyasa, que dirigia todos los preparativos y debia dirigir despues la funcion, encargó á Bhima y Nakula el gobierno del reino, á Sahadeva el de la casa real, y dió á Arxuna la comision de visitar á los reyes y pueblos amigos y adversarios, avisando á los amigos para que acudieran á su tiempo á Hastinapur, asistieran á la fiesta y prestaran al rey el debido homenaje, obligando á los demás por la fuerza á presentarse á prestarlo. Para el sacrificio eligió Vyasa un caballo manchado de blanco y negro, el cual, puesto en libertad, segun queria la costumbre tradicional, debia ser seguido adonde fuese por el enviado del rey, que era Arxuna, con una hueste armada. Los pueblos y reyes que dejaran libre paso al noble bruto, reconocian con este acto francamente la soberania del rey dueño del caballo, y los que le detenian debian ser sometidos á la fuerza. Una multitud inmensa asistió al acto de soltar el caballo real y á la marcha de la fuerza armada que debia seguir sus pasos y carreras. Verificada esta ceremonia, que se ejecutó al toque de los instrumentos bélicos, y deseando la multitud á Arxuna y á sus guerreros buena suerte, marchó Yudishtira por disposicion de Vyasa á prepararse en sitio retirado para la consagracion religiosa.

El primer pueblo adonde llegó Arxuna fué el de los trigartas, cuyos tres reyes Suryavarman, Ketudarman y Dritavarman fueron sometidos con las armas. Despues tocó la misma suerte á Vashradata, rey de los prashyotishas é hijo de Bagadata, y una vez vencidos todos, prometieron comparecer el día fijado para presentar sus homenajes como vasallos al

rey Yudishtira. Seguidamente pasaron Arxuna y los suyos al país de los sindu, que habitaban en la cuenca inferior del Indo, donde reinaba Dusala, la única hija de Dritarashtra, a nombre de su nieto. Dusala se sometió y salvó así su vida y reino. Desde allí Arxuna, siguiendo siempre al caballo real destinado al sacrificio, pasó a Manipur, la capital del rey Babruvahana, hijo de Arxuna y de Citrangadá, hija del rey de los gandarhas. El hijo, al saber la aproximación de su padre, salió respetuosamente a recibirle, acompañado de brahmanes, pero no quiso someterse a Yudishtira ni presentarse en la fiesta. De esto se originó una riña entre padre e hijo, en la cual ambos salieron heridos, y Arxuna tan gravemente que cayó como muerto. Entonces el hijo, espantado, lloró su acción inhumana, y la hija del rey de los nagas, Ulupí, que también había retado a Arxuna, se arrepintió y puso sobre el pecho del caído una piedra mágica que le volvió a la vida. Luego explicó a Arxuna el hecho desgraciado como cumplimiento fatal de una maldición, porque Arxuna en su lucha con Bishma se había servido del auxilio de Sikhandin. Reconciliados, prometió el hijo asistir a la fiesta y se separaron amigos y en paz. Desde Manipur pasó a someter a los pueblos magadha, banga, pundra, kosala, drávida, andra, yudu y ghandara. Suprimiendo el resto de la relación de esta expedición, añadiremos que finalmente el caballo regresó a Hastinapur y tras él Arxuna con su gente, siendo recibidos con grandísimas muestras de alegría.

Se acercaba el plenilunio fijado para la celebración de la fiesta; Yudishtira encargó a su hermano Bhima que fuese a invitar a cuantos brahmanes y sabios conocedores de los Vedas pudiese encontrar, para dar mayor magnificencia y lustre a la fiesta religiosa. Al propio tiempo se señaló un dilatado terreno donde debía verificarse el sacrificio y se hicieron los caminos, señalando todo con postes y arcos triunfales. Se levantaron barracas, tiendas y chozas para alojar a la gente forastera invitada y se enviaron mensajeros en todas direcciones para avisar a los reyes, príncipes, sacerdotes y a los maestros y sus discípulos. Se prepararon columnas y utensilios, calderos, fuentes, pucheros y jarros para los sacrificios y las provisiones de comestibles y bebidas para los sacrificadores y la multitud, como arroz, caña dulce, leche cuajada y manteca. Se llevaron también muchos animales de la tierra, del agua y del aire, para ser inmolados: en fin, al empezar la fiesta todo estaba perfectamente preparado y abundantemente dispuesto. Cada hora el sonido de las trompetas y de los timbales señalaba la aproximación de la fiesta y de todas partes iban llegando reyes, príncipes y otras personas notables y poderosas con su séquito, siendo recibidas con grandes honores y agasajos. También acudió Crishna con Valarama y los otros príncipes del pueblo vrishni, y estaba contando a Yudishtira la estancia de Arxuna en Dvaraka con otros hechos notables que había realizado, cuando al tercer día anunciaron grandes nubes de polvo que se veían a lo lejos la llegada de Arxuna, que fue recibido por la población entera con inmenso júbilo. Simultáneamente con él llegó también su hijo Babruvahana con su madre y séquito. Fueron recibidos también con grandes honores, y la madre especialmente recibió valiosos regalos de Pritha, Draupadi y Subhadra. Los reyes y príncipes extranjeros ofrecieron a Yudishtira ricos presentes; entre otros, Crishna le regaló un carro precioso con adornos de oro y un tronco de briosos caballos. El mismo día de la llegada de Arxuna anunció Vyasa que iba a empezar la fiesta religiosa en desagravio de los guerreros muertos en la última guerra.

Comenzó con las libaciones de leche y la preparación de la soma, como se ha descrito al principio de esta obra. Para todo el mundo hubo y la alegría fue general. Se levanta-

ron las columnas del sacrificio, seis de la madera aromática llamada *bilba* y otras seis de maderas más preciosas todavía, dos de oro macizo, y después, sobre una base de la drillos y una placa de oro, cuatro piras también de madera olorosa. A cada pira se destinaron para ser sacrificados animales mayores y gran número de otros menores terrestres, acuáticos y aéreos consagrados a diferentes divinidades; y a cada columna se destinaron 300 animales menores. La fiesta fue imponente; los sabios brahmanes, poetas, cantores de himnos, todos a cual más prácticos en la observancia de los ritos sagrados, como Vyasa con sus discípulos, Narada con Tumburo, Visvavasu, Chitrasena y muchos otros, después de sacrificar los animales destinados a los dioses, procedieron solemnemente al sacrificio del caballo, presentado por brahmanes tres veces a la reina Draupadi para diferentes ceremonias rituales. Después fue sacrificado el animal; el redañón y otras partes del cuerpo fueron quemados con el correspondiente incienso, y el resto fue destrozado, asado y repartido por diez y seis sacerdotes, siendo todo dirigido por Vyasa y sus discípulos. Cumplidas estas ceremonias, el rey recompensó con munificencia nunca vista a los brahmanes por su trabajo, y Vyasa tomó la palabra para entregar en presencia de todos a Yudishtira el dominio de toda la tierra, con la obligación de pagar por ello premio. Yudishtira declaró que cedía a los brahmanes toda la tierra sometida por Arxuna y que él iba a retirarse con los suyos a la selva para dedicarse a la vida contemplativa y hacer penitencia. Esta declaración fue aclamada por voces celestes que resonaron en los aires, pero Vyasa dió al rey otra vez el dominio de la tierra y Yudishtira lo aceptó como donación de los brahmanes confirmada por Crishna (como encarnación de Vishnu). Entonces distribuyó el rey entre los brahmanes oro y objetos preciosos, las columnas y utensilios sagrados, en fin, tesoros como jamás rey alguno había dado con igual munificencia, y los brahmanes regocijados se despidieron para regresar a sus puestos. Vyasa, sin embargo, cedió la parte que le correspondió a la reina madre Pritha, que la empleó en una obra piadosa.

Cumplida la parte religiosa, Yudishtira y sus hermanos tomaron las abluciones y se presentaron con esplendor régio en la asamblea de reyes y príncipes que les aguardaban. Yudishtira los recibió solemnemente en corte; Dusala fue confirmada como reina en sus Estados y todos los demás, especialmente Babruvahana, hijo de Arxuna, recibieron valiosísimas pruebas de la munificencia de Yudishtira.

Las fiestas continuaron noches y días, hasta que los ilustres y régios forasteros se despidieron y regresaron a sus respectivos países, donde se hicieron lenguas del poderío y de la magnificencia deslumbradora del gran rey de los Kuru.

Este en sustancia, salvo multitud de episodios y cuentos, como el de Nakula o del icneumon, es el contenido del libro 14 del *Mahá-Bhárata*.

Difícilísima, cuando no imposible, es la tarea de separar del voluminoso poema la parte más antigua, que, según él mismo, solo constituye como una dozava del actual, que data ya, según dijimos, de cien o doscientos años antes de nuestra era. Sin embargo, sin esta separación no podemos fijar, siquiera con alguna probabilidad, ni la extensión del pueblo arya-indio, ni la de su dominio sobre otros pueblos, ni sus costumbres, religión, leyes, industrias y en general su civilización en el período heroico de su historia.

El poema, en su forma actual, nos dice que los hermanos Pandu, en su vida errante de destierro, visitaron las elevadas comarcas donde están los lagos reputados como sagrados entre los aryas, mucho antes de que penetraran en la India; después estuvieron en el país de los kulindas, donde nace el

Ganges, y llegaron hasta las bocas del mismo río; de allí pasaron al cabo Gomorin en el extremo Sur de la península índica, luego a Gokarna y Prabhasa en el extremo occidental, y volvieron a subir por la cuenca del Indo hasta el país de los daradas. Arxuna, antes de la consagración de su hermano Yudishtira, sometió a su gobierno los países y reyes citados en el resumen del libro 14, desde las mallas y kosalas en el Himalaya, al Norte, hasta los pundras, bangas y subhas ribereños del Océano Indico y los mejeas o bárbaros del Sur. Sometió también a Nila, rey de Mahishmati, al cual obedecían todos los reyes y pueblos del Mediodía; a los dravidas y pandyas de la costa occidental; a los pueblos de la costa oriental, y a los pueblos y reyes de la cuenca del Indo y del Penjab.

Entre los once pueblos o reyes aliados de Dritarashtra y de sus hijos, y los siete de los hermanos Pandu, los hay de todos los extremos de la India y hasta de mucho más allá, como los balhika (los del país de Balkh), los sakas y los yavanas, a quienes debemos buscar también al Oeste de la India. Desde luego hay que reconocer que por una parte era materialmente imposible reunir tantos pueblos distantes en dos campos de batalla donde ni siquiera habrían cabido, aunque hubiesen sido infinitamente menos numerosos de lo que indica el poema. No obstante, todos estos nombres de pueblos, reyes, héroes y varones religiosos no son invenciones de la fantasía de los poetas, sino que designan entidades verdaderas, aunque debieron de figurar en épocas muy distintas y separadas por grandes períodos en la historia del pueblo indio-arya; solo que la tradición popular, la fantasía de los poetas y el interés de los representantes y defensores de la religión y de sus sacerdotes los debió de reunir en la narración de la gran guerra.

Al fin de la época védica hemos visto que la rama belicosa del pueblo arya invasor había llegado ya hacia el Oriente hasta el río Jumna o Jamuna. Otra rama afín, la kuru, procedente también desde la montuosa cuenca superior del Indo, belicosa como la anterior, trató en época posterior de abrirse camino en la misma dirección, hasta que se encontró con aquellos sus afines llamados entonces pancalas, por dividirse en cinco tribus o ramas o para designar de un modo general que eran un pueblo compuesto de muchas tribus y de consiguiente poderoso y temible. Estos pancalas (bháratas) resistieron al empuje de los kuru, los cuales se establecieron al Norte y Oeste de ellos.

Después del reinado de Santanu, hijo de Pratipa y hermano de Devapi y de Bhalika, el pueblo kuru llegó a dos dedos de su ruina completa por efecto de una guerra de sucesión, de la cual salió victoriosa la línea menor de la familia real o quizás un jefe guerrero de la misma o de otra tribu afín, que a su vez pugnaba por adquirir los territorios ricos ocupados por los pancalas y los kuru, que habían llegado allí en época anterior. Esta nueva dinastía fue la de los Pandu, que si no consiguieron vencer a los pueblos yavana y sauvira en el Occidente, pudieron someter a los kuntis y boshas y aliarse con el rey de los madras por medio de un casamiento. Con estos refuerzos se impusieron al pueblo hermano de los kuru, sometieron a los pancalas con su rey Drupada y extendieron su dominio al Este hasta el pueblo anga. La dinastía desposeída volvió sin embargo a luchar y con el apoyo del poderoso pueblo gandhara, establecido en el Noroeste, consiguió expulsar del país kuru a los Pandu. Descendientes de estos encendieron a su tiempo una nueva guerra para reconquistar el poder. El primer hecho guerrero de estos Pandu, los cinco hermanos de que habla el *Mahá-Bhárata*, fue su victoria sobre el poderoso rey de los pancalas, a quien los reyes legítimos de los kuru jamás habían conseguido

someter. Duryodana, el rey kuru, auxiliado por Karna, hijo de Suta, príncipe de los angas, y por Subala, hijo del rey de los gandharas, logró arrojar a los Pandu del país, donde ya se habían establecido; pero los Pandu, por medio de su amistad con el poderoso rey de los pancalas, de sus antiguas relaciones con Crishna, hijo del rey de los yadus, del casamiento de Arxuna y sus hermanos con la hija del rey Draupada y del matrimonio del mismo Arxuna con Subhadra, hermana de Crishna, se hicieron tan fuertes e inspiraron tanto temor al rey de los kuru y a sus hijos, que les cedieron la mitad occidental de su reino.

En esta mitad, limitada al Norte por la selva de Khandava y al Sur por los montes Aravali, fundaron una capital que llamaron Indraprasta, y desde allí emprendieron expediciones de conquista hacia el Este, en unión con los yadus, sometiendo a Deharasanda, rey de los maghadas, y extendiendo su soberanía a sus alianzas hasta el Ganges. Este aumento del poder de los Pandu volvió a excitar los temores y la envidia de la familia real del pueblo kuru, la cual ya por medio del juego, como dice el poema, ya por algún otro ardid, logró expulsar otra vez a sus rivales. Los expulsados buscaron y encontraron aliados, y sus contrarios, al saberlo, hicieron otras alianzas, si bien debió de pasar entre la expulsión y la formación de las diversas alianzas un período mucho más largo que el que la leyenda poética condensa en trece o catorce años. La dinastía antigua que reinaba sobre el pueblo kuru se había robustecido, y con la cooperación de Karna había subyugado los pueblos pancala, vatsa, magadha, anga, banga y mitila, al Este; el pueblo yadu o vrishni era favorable a los hijos de Dritarashtra, y el casamiento de Dusara, la única hija de éste, con el rey de los sindi, Dehayadrata, valió a Kuru una estrecha alianza con este último rey y los pueblos de la cuenca baja del Indo.

Los Pandu por su parte se aliaron estrechamente con el rey de los matsyas, cuya hija se casó con Abhimanyu, hijo de Arxuna. Verdad es que esta alianza atrajo a los Pandu la enemistad del rey de los trigartas, pueblo establecido en el territorio feracísimo situado entre los ríos Jumna y Ganges, y humillado y derrotado muchas veces por los matsyas. Además de los reyes de los pancalas y matsyas tomó partido por los Pandu, Yuyudana, rey de una parte del pueblo yadu, establecido a orillas del Jumna, al Sur de los matsyas. De los otros dos jefes o príncipes del pueblo yadu o vrishni, excusóse Valarama, y Crishna prometió su auxilio personal, pero cedió su fuerza armada al partido contrario. En el consejo celebrado por los Pandu con motivo de la boda de Abhimanyu, hijo de Arxuna, y Utará, hija del rey, figuraron también los soberanos de los kasis y de los sivas. El territorio de los primeros aparece después incorporado al de los varanas y matsyas. Estos dos príncipes no tomaron ninguna parte notable en la guerra. Los sivas ocupaban al parecer un territorio en el Penjab, entre el Indo y el Vitasta. La hueste de Yuyudana se componía, según nos dice el poema, de tribus y pueblos muy diferentes, armados cada uno a su manera, llevando unos hachas, otros palos y otros redes que arrojaban a sus enemigos, a quienes inutilizaban así, para matarles.

Más allá del territorio de Yuyudana, al Sur del río Jumna, hacia el Este vivían en la falda de la cordillera de los vindhyas los chedis con su rey Drishtaketu, en la comarca de Bandelakhanda, y más al Este, en Bihar, los magadhas, gobernados por Yayatsena. Ambos príncipes se declararon con sus pueblos a favor de los Pandu, y algunas tribus montañosas agregaron sus fuerzas a las de los matsyas. Completaban los siete pueblos aliados de los Pandu los pandyas ribereños del